

Mauthausen en agosto de 1941.

Años después, a través de Francia, la familia de Ángel Sepúlveda supo también que antes había pasado por un campo de prisioneros de Estrasburgo, y por iniciativa propia hace unos años el mismo Santiago Díaz-Hellín escribió al Memorial de Mauthausen, donde figura el nombre de su abuelo, que le confirmaron más detalles. Su abuelo fue clasificado como ‘rojo español’ y figura que murió de pleuritis, aunque aclara que “normalmente los nazis disfrazaban las causas de los fallecimientos”.

A Campo de Criptana no llegó información y la familia de Wenceslao Fernández no supo nada hasta hace unos meses. Carmen Pilar Merino señala que “fue gracias a la universidad, a Mapas de Memoria”, el grupo de investigación que está detrás de la llegada del proyecto Stolpersteine a Ciudad Real, cuando conocieron su paradero.

Es más, cuenta que “hace unos meses, por casualidad, un amigo de la televisión de Campo de Criptana me preguntó si sabía quién era la familia de Wenceslao Fernández, un hombre que había fallecido en Mauthausen”. Arenales de San Gregorio es un pueblo pequeño, por lo que tenía que saber quién era la familia. Su madre falleció hace 9 años y en esos momentos no lo supo identificar. Fue después cuando le vino a la memoria que “el tío Sabino había muerto en la guerra de Alemania” y resulta que era él.

Stolpersteine llega con ‘adoquines de memoria’ a Ciudad Real

Ochenta años después, el proyecto Stolpersteine, impulsado por el artista alemán Gunter Demning, ha llegado a Ciudad Real, a través del equipo de investigación de Mapas de Memoria, con la colaboración de la Diputación provincial y varios ayuntamientos, en forma de ‘adoquines de memoria’ en las calles. Ya están en la capital, Miguelturra, Campo de Criptana y Arenales de San Gregorio.

A las puertas del lugar donde vivieron, cada adoquín recuerda el nombre de la persona que pasó por los campos de concentración, con su fecha de nacimiento, los datos de la deportación y la fecha de fallecimiento o liberación. Más de 75.000 adoquines dorados han sido colocados en más de 20 países del mundo con los datos personales de las víctimas del holocausto nazi.

Un reconocimiento que nunca hubieran imaginado madres y hermanas

“Si alzara la cabeza y viera lo que están haciendo por su hijo, que murió con los ojos clavados en él”. Son las palabras de Cándida Domínguez, que no suelta la foto de su hermano y se emociona al hablar de él. Su madre murió recordándolo: “Raimundo, hijo, que ya me voy contigo, que ya te veo, que ya te encuentro”, decía. Cándida, cuando supo del homenaje por la colocación del adoquín en la calle Juan XXIII, “no dormía y estaba súper contenta”, porque la memoria de su hermano “no ha quedado perdida”.

Es un gesto “pequeño”, pero las sobrinas de Raimundo Domínguez consideran que es muy importante, “para que no se nos olvide, para que aprendamos de lo que pasó, eso es la memoria histórica”. Con los ojos de una persona que ha vivido cuarenta años de democracia, a Vicen no le entra en la cabeza lo que ocurrió. “Hace años estuve en Polonia, y teníamos la opción de ir al campo de concen-

Santiago Díaz-Hellín, nieto de Ángel Sepúlveda Beaud, de Campo de Criptana, que murió en septiembre de 1941 en el campo de Gusen / Elena Rosa



tración de Auschwitz. Era otro, pero sería más o menos igual. Lo cierto es que no me sentí capaz”, comenta.

En su casa siempre tuvieron la curiosidad de ver películas sobre el nazismo. “Mi hermano murió allí, fíjate lo que pasaría el pobre”, siempre dice su madre. Vicen no puede evitar sentir “escalofríos” al ver películas como ‘La lista de Schindler’. “Fíjate, y yo no le conocí”, comenta. Dice que no vive en el rencor, pero advierte que lo que pasó “no se olvida” y ahora que ve la invasión de Ucrania, las muertes, se pregunta “muchas cosas”. “La memoria histórica nos tiene que hacer recapacitar”, insiste.

Qué impactante es el recuerdo transmitido entre generaciones marcadas por la desaparición traumática de personas sobre las que a veces ni tan siquiera conservan un retazo en su memoria. Santiago Díaz-Hellín reconoce que por su abuelo “en realidad” no alberga sentimientos, pero el recuerdo de él está marcado por los que sí tenía su madre. “Ella siempre tuvo mucho interés por averiguar qué fue de su padre y siempre vivió con miedo”, lamenta mientras intenta contener la emoción.

En los pueblos “son muy importantes los enterramientos”, dice Santiago, que recorrió media España desde La Coruña para acudir a la colocación del adoquín en la calle Ramón y Cajal, un acto que

significó para la familia el cierre de un ciclo. Algo así, su madre “no se lo hubiera creído”, porque “ha cambiado mucho España desde que tuvimos democracia y pudimos hablar de todo, ella no vivió esa época y a ella le daba miedo todo lo que tenía relación con la política”.

Wenceslao Gómez marchó de su pueblo sin mujer, ni hijos. Dos sobrinas, una de 86 años que también estuvo en la colocación del adoquín, son las familiares más cercanas que siguen vivas. Tampoco conservan ningún recuerdo físico, “pues en esa época, en Arenales de San Gregorio quién iba a tener una cámara”. Su muerte fue como si lo hubieran eliminado del mapa, “ni a un animal lo tratas de esa manera”, dice Carmen Pilar Merino. Sin embargo, ahora “ha vuelto a sus raíces”.

“Algunos pensarán que se lo tenían merecido, pero la gente joven es distinta, sí se le puede explicar que estos adoquines son en honor a personas que lucharon por la democracia en España, que perdieron dos veces y que murieron en un campo de exterminio”. Para que los nombres de Raimundo Domínguez (Miguelturra 02/06/1918, Gusen 10/07/1942), Wenceslao Fernández (Arenales de San Gregorio 13/01/1907, Gusen 28/11/1907) y Ángel Sepúlveda (Campo de Criptana 24/03/1902, Gusen 12/09/1941) no caigan en el olvido son estos ‘adoquines de memoria’.